

Pleiku,

6 de enero de 1969

Querido padre:

Esta guerra no es como la guerra que usted luchó.

Temo que no será tarea fácil hacer comprender a los vietnamitas los sagrados valores que tanto estamos sacrificando por entregarles. La igualdad, la rectitud moral, el progreso y la libertad tienen un elevado precio. Usted lo sabe bien. Estoy dispuesto a pagarlo para hacer de este país un lugar mejor. Estoy dispuesto a pelear para difundir la buena nueva de nuestra nación, como ya tantos han hecho antes que yo, empezando por usted.

Aterricé hace cinco días en Danang. Actualmente estoy esperando órdenes en Pleiku. No he querido escribirle hasta que no estuviera asignado a mi unidad. Sé que no es fácil sustituir a un soldado que ha muerto o que ha resultado herido en batalla. Los negros lo tienen más complicado. Después de los cuatro días de acondicionamiento me entregaron mi fusil y la munición, así como granadas, explosivos, cable de detonación, una pala de acero y demás material de combate. Parece mentira que haya estado cuatro días en Vietnam sin fusil. Ahora, por fin, estoy completo.

La base de Pleiku está en la cima de una colina. Es increíble el poder de los ingenieros y zapadores del Ejército. Según me han contado, en apenas unas semanas transformaron un trozo de selva en un lugar habitable y útil, con pistas de aterrizaje y despegue asfaltadas, un hospital e, incluso, una cantina para oficiales y otra para la tropa. Esquilmaron cada árbol y aplanaron la cima

con *bulldozers* y maquinaria pesada. La bandera americana ondea sobre nuestras cabezas. ¡Realmente somos la nación más maravillosa y avanzada del mundo!

Desde Pleiku puedo ver Camboya. Debajo de nosotros se extiende el manto esmeralda de la jungla. Ahí se esconde el enemigo. No se preocupe por mí, mientras esté aquí estoy a salvo. Esperemos que eso cambie pronto. Hay un gran perímetro de seguridad en torno a la colina. El EVN y el Vietcong saben que nada bueno les espera al otro lado de la línea.

Anoche pude oír a la artillería de la base Inari bombardear la selva. Estoy deseando entrar en acción. No soporto estar aquí, cómodamente tumbado en el catre, mientras otros hacen el trabajo duro. Además, ponernos en movimiento ayudará a relajar el ambiente.

Una semana antes de que yo llegara mi compañía participó en una misión junto a la frontera de Camboya. Murieron once y seis fueron heridos. Cuatro de los que murieron eran negros. Los negros están muy alterados con el asunto de la liberación. A mi juicio, no hacen más que entorpecer nuestro trabajo. Otro de los que murió era un teniente. No tenía demasiada experiencia de combate y perdió el control del pelotón por completo. Un oficial cobarde puede llevar a la muerte a muchos hombres.

Gracias a Dios, nosotros tenemos al capitán Miller. Completó su primera gira hace tres semanas y ha firmado por otro año. Con él me siento completamente seguro. Todos le llaman Papá porque es quien nos cuida aquí. No tiene nada de qué preocuparse.

Anoche celebramos su cumpleaños. Un soldado de primera clase, un negro, le faltó al respeto y el capitán le puso en su sitio como es debido. Es un soldado de verdad, un verdadero patriota. Tiene claro por qué estamos aquí y todo lo que ello conlleva.

Espero que esta carta le encuentre bien.

Salude a madre y a Beth de mi parte.

P.S. Si Cynthia pasa por casa, por favor dígame que me envíe alguno de los libros que dejé en Princeton, o alguno de los que tengo en mi habitación. No sé si tendré mucho tiempo para leer, pero no me vendrían mal. En cualquier caso, si puede encontrar mi edición pequeña de la *Divina comedia* y enviármela se lo agradezco de antemano.

Me despido.

Su hijo, que le quiere,

Elliot.

Pleiku,

6 de enero de 1969

Querido Charlie:

¡Ya estoy en Vietnam! Llegué hace apenas cinco días y ya estoy electrizado. Aún no he matado a ningún guco. De hecho, no ha sido hasta ayer que me han dado mi fusil. Es un M16, igualito que los palos con los que jugábamos a la guerra de pequeños, ¿verdad? No te preocupes por mí, sigo siendo el viejo Stone de siempre. Mi

alma está intacta y así seguirá. La única diferencia es que está hinchada como un pavo. Estoy hinchado de orgullo por poder servir a mi país.

Te confieso que los cuatro días de acondicionamiento no han sido tan fáciles como imaginaba. Estar aquí es muy distinto a verlo en la televisión o a leer sobre ello en los periódicos. Me da la sensación de que muchos de los soldados no saben qué hacemos en este país. ¡Estamos aquí para ayudar a los vietnamitas! ¡Estamos aquí para liberarlos del comunismo! Es así de sencillo.

Yo formo parte de un grupo de tres reemplazamientos: O'Leary, a quien ya conociste en Fort Carson, y Greene, un negro. Los demás muchachos están algo recelosos de nosotros. Nos llaman carne fresca, fresitas. Cuando me ven a mí no me ven a mí, sino a un soldado que ya no está. También ven inexperiencia. Lo entiendo. Y estoy ansioso por demostrarles lo contrario, que pueden confiar en mí. Dentro de un tiempo yo seré como ellos.

Me entristece nuestra despedida. Es una lástima que un día tan importante como mi marcha a Vietnam quedara manchado. No deberías temer por mí. Yo estoy haciendo lo que debo. Soy yo quien teme por ti. Es posible que no estés tomando las mejores decisiones. Somos amigos, pero, ante todo, yo soy un patriota. Tan solo he cumplido con mi deber: responder a la llamada de mi país. Tú puedes hacer lo que quieras, pero no me juzgues por haber hecho lo que los dos sabemos correcto. Huir no lleva a ninguna parte. Si ante la pregunta ¿qué puedo hacer por mi país?, puedes aportar una respuesta satisfactoria,

no tengo nada que reprocharte. Si no es así, te pido que reconsideres tu postura. No creo que el honor y el deber vengan llamando muchas veces a la puerta. Quizás, algún día dentro de muchos años te sientas arrepentido o, peor aún, avergonzado por no haber sido capaz de responder a la llamada. Las modas y las opiniones pasan. Lo único que queda son la patria, la libertad y Dios. Son aquello por lo que luchamos, lo único importante.

¡Basta de charla! El clima de aquí es demencial. Nada más bajar del avión un manto de calor húmedo y sofocante se me colgó encima y no me ha soltado. De pronto el cielo se cubre de nubes y llueve a cántaros, gotas grandes como perlas, que caen a plomo durante treinta o cuarenta minutos. Después de llover todo brilla. El paisaje de la selva adquiere un cariz resplandeciente, como si lo hubieran barnizado. Aun así, todavía no me ha dado tiempo a cansarme. Muchos muchachos lo llevan muy mal. En marzo o abril, cuando llegue el monzón, lloverá durante tres meses seguidos.

Ya tendré tiempo de volver a acabar la universidad.

Espero poder avanzar con mis poemas. Seguro que el cambio de aires me viene bien. *Iniciación*, por Elliot Stone. Suena bien, ¿verdad?

Querido Charlie, espero, de todo corazón, que nuestra amistad no haya quedado dañada.

Cuida de Beth. También de Cynthia.

No tardarás en tener noticias mías.

Ojalá esta carta te encuentre bien.

Tu amigo,

Stone.